



**MANUEL VILAS LOS BESOS**

Manuel Vilas



Los besos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Manuel Vilas, 2021

Autor representado por Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2021

Depósito legal: B. 11.364-2021

ISBN: 978-84-08-24611-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

La stagione dell'amore viene e va,  
i desideri non invecchiano quasi mai con l'età.

La estación de los amores viene y va,  
y los deseos no envejecen a pesar de la edad.

FRANCO BATTIATO

Tengo que marcharme de Madrid, a la búsqueda de árboles, pájaros, senderos, bosques, ríos, montañas.

¿Qué demonios se cierne sobre el mundo? ¿Es importante? ¿Es mortífero? ¿Es inquina de la naturaleza? ¿Es destrucción? ¿Es tan solo una pequeña molestia en el camino hacia la libertad y la verdad, hacia un ser humano más perfecto? ¿Es una enfermedad como tantas otras? Se cierne un huracán de criaturas invisibles, no son estrellas, no son meteoritos, no son bombas atómicas.

¿Es pasajero?

¿Es grave?

¿Es universal?

¿No se había muerto la historia, es decir, los acontecimientos de carácter planetario?

¿Habrá belleza?

Estoy tan asustado como agradecido, agradecimiento al azar, al hermoso y tembloroso azar, rey de las cosas sin que él lo sepa. Nosotros le otorgamos ese trono y él ni siquiera se sienta en dicho trono, pues se queda durmiendo en los laureles todo el santo día, ajeno a su reino, maceándose en las nubes, en su indolencia inescrutable.

Tengo que marcharme de Madrid, hacia un lugar bello. Cierro ventanas. Cierra todas las ventanas, me digo a

mí mismo. Oye las bisagras, oye la acción de las cremonas, echa las persianas, despídete.

Cierro luces, cojo una maleta, dos maletas, mejor, unos libros. ¿Qué meter en las maletas? ¿Meter el universo en dos maletas? Tendría que llamar a alguien, pero soy hijo único, y mis padres ya no viven, sigo cerrando ventanas.

Me acabo de jubilar y tengo menos de sesenta años, dos años menos. Una de las ventajas de trabajar en la enseñanza media es que te puedes jubilar a los sesenta si has cotizado durante treinta años. Ya no hay vejez en la jubilación, al menos en la mía, ese es un paso hacia delante, pero hacia dónde, ¿dónde es delante?

¿Qué es la vejez?

Un día antes de que se decretara la cuarentena me subí a mi coche y salí huyendo de Madrid. Las carreteras comenzaban a vaciarse. Yo notaba ese proceso, e incluso lo contemplaba con algún tipo de enardecimiento. Parecía que la madre Tierra recobraba sus territorios, había una presencia de fuerzas primitivas, involuntarias, anónimas, desconocidas.

Había una gran belleza en esas fuerzas casi sobrenaturales, y pensé en mi alma, en que ojalá pueda ver mi alma alguna vez en esta existencia.

Antes de desaparecer del planeta, todo ser humano tendría que tener derecho, un derecho de naturaleza política, a ver su alma, porque sin alma poco somos.

El aire y el sol eran los de siempre, pero sin embargo acogían un perfil diferente, tal vez porque las cosas siempre son y serán una percepción y jamás objetos apacibles y concluidos.

Sí, los seres humanos y sus existencias y sus presencias contundentes se marchaban del mundo, se difuminaban

más bien. Era como una retirada de los ejércitos de la vida, de la alegría, de la luz, de la fiesta.

Tuve la sospecha de que el fracaso y el éxito se iban a igualar. Iba a ser indistinguible el uno del otro. Porque el éxito es social. Y el confinamiento es una reclusión.

Se cernía la cárcel sobre justos y pecadores, por decirlo con notoriedad bíblica. Me embriaga la dimensión cósmica de la catástrofe que se cernía sobre la vida.

Pensé en los muertos.

No los que iban a morir, sino aquellos que ya estaban muertos, aquellos que murieron en años anteriores, en el 2015, o en el 16, o en el 17, o en el 18. ¿No deberían regresar a la vida para ver este espectáculo de irrealidad de la civilización?

No era justo que se perdiesen todas estas novedades planetarias. Porque perderte los acontecimientos universales es una fatalidad, es como quien se pierde los días de fiesta de la humanidad.

El virus parecía un recién nacido acercándose a la Tierra, así vi yo el virus, como en el final de la película *2001: Una odisea del espacio*, de Stanley Kubrick.

Una pregunta me provocaba una sonrisa irónica: ¿el dinero iba a perder realidad? Nadie ha conocido la vida sin la presencia del dinero. Ni siquiera aquellos que tienen millones y millones de dólares o de euros pueden pagar por hacer realidad un sueño como el mundo sin dinero. Este argumento avala que la vida humana tiende a la comedia, lo único que no es comedia es el amor entre dos seres humanos.

Por tanto, ¿de qué sirve el dinero en un mundo sin camareros y sin empleados y sin funcionarios que consoliden la idea de Estado? Si el dinero se vuelve irreal, la civilización se tambalea, porque ricos y pobres se funden y se igualan. Hasta podrían enamorarse entre ellos. Nadie ha vivido sin la presencia del dinero, tan vieja como la presencia de un dios, lo cual invita a pensar si ambas cosas no son la misma.

Lo son, son la misma, y es un prodigio, un gran don de la inteligencia, ese duro matrimonio entre Dios y el dinero, un matrimonio que no se desgasta, que siempre tiene una vida erótica de primer orden, en donde la infidelidad es la idea más absurda que uno puede imaginar.



Cómo temblaba de angustia la tierra.

Jamás había conducido con mi coche en medio de la hoguera de la naturaleza. La radio eran noticias sobre el virus, y gente opinando, y médicos, y políticos, y periodistas, lanzando interpretaciones, generando ruido. La naturaleza se levantaba en armas contra los seres humanos. Nos mandaba un virus. Una especie de esperma de Satanás. Me acordé de otra película: *La semilla del diablo*, pasé de Kubrick a Polanski. Pero ese pensamiento me entristeció, en tanto en cuanto me devolvía a la noche fundamental de la especie, que divide la realidad entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, entre la vida y la muerte, como si no hubiera progreso posible, como si nada hubiera cambiado en las concepciones antropológicas fundamentales en estos últimos tres mil años. Lo binario, lo dual sigue dominando nuestro conocimiento.

Grandes avances científicos y tecnológicos y astronómicos y médicos en una configuración moral de hace tres milenios, completamente atascada.

El virus era diminuto, solo lo veían los microscopios.  
Siempre implorando los microscopios.

Odio la fe en los microscopios.

El virus ha traído una humillación nueva a la vida de la

gente. Hasta ahora nos humillaban el fracaso social, el fracaso sentimental, la pobreza, la fealdad, la indigencia laboral, la tristeza o la muerte. Ahora nos humilla un ser invisible.

Como a Jesucristo, al coronavirus solo lo vieron los elegidos. De modo que todo seguía igual. Había que creer en unos hombres y mujeres especiales. El nombre de esos tipos cambió. Hace dos mil años se llamaban apóstoles. Ahora se llaman científicos. La comedia humana es frenética e interminable.

¿Qué demonios hacemos sobre la Tierra?

Podríamos desaparecer como especie y no habría registro de nuestra presencia en ningún sitio, el universo continuaría su marcha vacía hacia ninguna parte, quizá hacia la oscuridad, y desapareceríamos sin haber sido capaces de explicar por qué aparecimos una vez y qué significado tuvo la vida. Pero eso le pasa a cualquier ser humano: se va de este mundo sin saber por qué vino a él, sin saber qué es la vida, qué fue su vida.

Al día siguiente de mi llegada a la casa del bosque, España entró en cuarentena.